

FANY KENDAL

I

QUE alegre de todas veras de que sea ya un asunto terminado, porque nunca se ha hablado tanto de una boda,—dijo mistress Smile.

—Pues aún no es cosa concluída,—replicó mistress Knowle, meciendo la cabeza con aire misterioso.—En cuanto á mí, aunque nos hallemos en la iglesia, aunque el sacristán arregle los almohadones para los novios, y aunque el pobre John se pasee allá, al fin de la nave principal, no creo en nada de lo que á la boda se refiere.

—¿Habéis reparado, amiga mía, qué aire tan inquieto y tan nervioso tiene John Bowerbank, á pesar de ser viudo y de no ser ya joven?

—¡Vaya si lo he reparado! Por eso os digo que hasta que no vea el anillo nupcial en el dedo de Fany no creeré que se han casado por fin.

—¡Qué cosa tan extraña! ¡Fany Kendal esposa de John Bowerbank!

—¿Por qué decís *pobre John y pobre Fany*? A mi parecer, es un matrimonio proporcionado en todas sus condiciones, excepto por la edad; pero la edad de un hombre es sin consecuencia, y además miss Kendal parece que tiene más años; es tan callada y tan tranquila, que ya parecía una solterona: verdaderamente, cuando la miraba el otro día en la gran comida que nos ha dado su padre á todos los amigos de la casa, no podía persuadirme de que sólo hubieran pasado dos años desde aquel suntuoso baile que tuvo lugar el día en que ella cumplió veintuno; es decir, que Fany, con toda su figura silenciosa y grave, cuenta por junto veintitrés años. ¡Qué magnífico baile aquél! ¿Os acordáis?

—Me acuerdo muy bien,—repuso mistress Knowle,—que sólo prestaba un oído distraído á las palabras de mistress Smile, y que miraba fijamente hacia la puerta de la iglesia, en la que, de un momento á otro debía aparecer la desposada.

—Aproximémonos al altar,—dijo mistress Smile,—que, viva y curiosa como buena hija de Londres, quería examinar de cerca los trajes y las joyas de las invitadas.

—No,—contestó mistress Knowle,—no quiero que Fany me vea, porque esto podría entristecerla.

—¿Por qué motivo? ¿No es vuestro esposo uno de los socios de monsieur Bowerbank?

¿No han sido siempre excelentes amigos? Estoy segura de que os invitarán para la comida de hoy.

—Ya lo han hecho y me he excusado; no era posible que yo hubiera ido, porque mi presencia hubiera causado mucha pena á Fany.

Mistress Smile no oyó estas palabras, porque toda su atención estaba concentrada en el principal personaje de la fiesta: en la novia, que entraba apoyada en el brazo de su padre, y seguida de una comitiva brillante y numerosa.

Fany Kendal era una joven de pequeña estatura, pálida, frágil, y tan delgada, que no se la distinguía con claridad entre la masa de seda blanca y de encajes que formaba su traje de desposada, y bajo la guirnalda móvil de flores de azahar que ceñía sus cabellos rubios.

—¡Está temblando la pobre niña!—murmuró mistress Knowle, hablándose á sí misma:—¿cómo se apoya en el brazo de su padre!

—Según dicen, mister Kendal ha sido muy bueno para su hija,—repuso mistress Smile;—á pesar de no gustar de que se le contradiga, y de que tiene ideas bien extrañas, Fany debe sentir separarse de él, como que es su hija única, y como que ella le amaba tiernamente.

La misa, que empezaba, hizo guardar silencio á las dos señoras; terminada, la novia se puso de pie, imitándola el novio; era un

hombre grave, con el cabello cano, de aspecto vulgar, y que contaba treinta años más que su joven esposa; su semblante, de inquieto que era antes de la ceremonia, se había vuelto tranquilo; ofreció el brazo á su mujer y la condujo á la sacristia; ya allí, levantó el velo blanco de Fany y le dió un beso en la frente, el primer beso, con el aire ceremonioso y frío del hombre que termina un negocio.

—¡Todo está terminado!—dijo tristemente mistress Knowle lanzando un profundo suspiro, que pareció aliviar su oprimido corazón:—por cierto que nunca hubiera creído presenciar esta ceremonia. ¡Pobre niña! ¡pobre Fany!

—Pero ¿no me diréis á qué vienen esas palabras de compasión?—preguntó mistress Smile;—ya quisiera yo que mis hijas hicieran tan buenos matrimonios y que hallasen maridos tan honrados! *John Bowerbank y Compañía, negociantes, Liverpool*. El papel de esta razón social vale tanto como el del Banco. Vos lo sabéis mejor que nadie, puesto que vuestro esposo es socio de esta casa desde hace muchos años; en cuanto al marido no le había visto bien hasta hoy, pero tiene un aire muy agradable. Yo soy de las que prefieren dar sus hijas á hombres de edad proyecta, aunque sean viudos, con tal que tengan un carácter digno y una buena posición, más bien que á un necio joven que gaste en seguida el dinero. ¿Es muy rica miss Kendal?

—¡Demasiado, por desgracia! ¡tiene cincuenta mil libras! (1).

—¡Qué gran opulencia!—murmuró la otra, penetrada de admiración.

—Fany me dijo un día que de buena gana cambiaría sus libras en peniques.

—Habría perdido el juicio.

—En esa época no hubiera sido extraño; pero sin duda lo ha pensado de nuevo, y ha hecho un matrimonio prudente. Pues bien, amiga mía, cuando yo me casé con Edward Knowle éramos, él un dependiente de comercio, y yo una modista, que reuníamos entre los dos unas doscientas libras: y ¿creéis que por eso éramos desgraciados? Pues todo lo contrario: pareja más feliz no la había en el mundo, y eso se comprende, porque nos habíamos casado sólo por amor, y no había nada que impidiese nuestro matrimonio; yo creo, y Dios me perdone, que no puede decirse lo mismo del enlace que acabamos de presenciar.

Al oír estas palabras, mistress Smile parecía tan asombrada, y hasta tan asustada, que la cándida mistress Knowle se hubiera cortado de buena gana la lengua por haberlas pronunciado.

Sabía que su interlocutora era maestra consumada en habladurías; pero pensó que, si bien era incapaz de guardar un secreto que hubiera descubierto ó sorprendido, en cambio se podía apelar á su discreción, gracias

(1) Equivalen á 1.250.000 francos.

á un vago sentimiento de dignidad y deber que existe aun en el alma de las personas más habladoras. Tomando, pues, rápidamente su partido la buena señora de Liverpool, se volvió hacia su amiga de Londres, que en el fondo no era una mala mujer, y le dijo seriamente:

—Siento mucho haber dicho lo que habéis oído, mistress Smile, porque es una historia triste á lo que se refiere, y ya está terminada; os la voy á contar, rogándoos antes que jamás digáis una palabra que á ella se refiera; y no es porque nadie sea culpable en ella, no; bajo el punto de vista del honor, jamás se ha podido decir una palabra de mister Kendal ni de su hija; su nombre está sin tacha, y lo que ha sucedido ocurre á la mayor parte de las jóvenes... aman y dejan de amar una docena de veces antes de casarse...; pero yo no creía que Fany fuese de esta clase...

—¡Cómo! ¿Fany amaba á alguno? ¿Estaba comprometida? Contadme eso. ¿Quién era? ¿Le conozco yo acaso?

Mistress Knowle hubiera deseado estar debajo de tierra antes de haber dado lugar á todas estas suposiciones. Para cortar el mal, no había más remedio que decir toda la verdad y confiar el secreto al honor de su amiga; después de todo, no era una verdad muy terrible de confiar; como decía poco antes, era una cosa que sucede á todas las mujeres.

—Voy á contároslo todo, amiga mía,—dijo;—pero prometedme que no lo repetiréis á nadie; ¡pobres muchachos! ¡Eran tan jóve-

nes, que forzosamente habian de amarse! Pero á mi marido y á mi nos ha causado este asunto mucho pesar, porque fue en nuestra casa donde se conocieron.

—¿Es una historia de amor?

—Sí; una verdadera historia de amor... pero no como las de hoy, sino como las de mi tiempo: un idilio... una cosa encantadora y dulce, llena de ternura; tan tierna, que mi excelente Edwar decía que le recordaba nuestra juventud y nuestro amor.

—Creo que adivino,—dijo mistress Smile,—por qué he hallado á Fany dos veces de visita en vuestra casa, y yo tengo la nariz fina.. ¿Se trata del joven Stenhouse?

La narradora hizo un gesto afirmativo, y una nube de tristeza pasó por su frente.

—Justamente,—contestó.—¡Pobre muchacho! Apenas dos veces hemos pronunciado su nombre mi marido y yo desde que marchó á las Indias, que hará año y medio. ¡Hemos sentido tanto perderle! Ya sabéis que era dependiente de nuestra casa de comercio, y entró cuando tenía sólo quince años: era un hermoso muchacho, sumamente distinguido: como ella venía algunos días, se conocieron y se amaron. ¿Y qué podía yo remediar? Además, él se ha portado de la manera más honrosa: yo creo que nunca se atrevió á decir á Fany que la amaba, y que descubrieron su mutuo cariño por casualidad: un día me dijo:

—He sido un necio, y hasta se me podrá acusar de haber sido un malvado. Amo á

miss Kendal, y no he pensado hasta hoy en que ella tiene cincuenta mil libras de renta, y yo no poseo ni un penique.—¡Pobre joven!

—¿Y qué habéis hecho entonces?

—¡Nada! ¿Qué podía hacer? ¿No os digo que se amaban los dos?

Este argumento no pareció hacer gran fuerza á mistress Smile, que dijo con dignidad:

—Era un amor bien inútil: yo tengo, como sabéis, siete hijas, y me creo buena madre; pero os aseguro que, en vuestro lugar, no hubiera hecho lo que vos.

—¿Pues qué hubiérais hecho?

—Me hubiera opuesto á esas relaciones.

—¿De qué modo? —exclamó la buena mistress Knowle con acento patético, y como si el recuerdo de su pasada pena le fuese aún amargo en aquellos instantes.—Eran dos muchachos encantadores: ella tenía diez y nueve años; él, veinticinco: se encontraban en mi casa todos los días, y se apercibían cada vez más que parecían formados el uno para el otro, y que eran felices cuando pasaban algunas horas juntos: os aseguro que hacía bien al alma el verlos pasearse por las calles de lilas, y el oírles charlar, leer, reirse de cualquier pequeñez, como dos niños inocentes. Hubiéramos querido Edwad y yo tener una hija como Fany, y nos acordábamos de nuestro pequeño Edward, que reposa en el cementerio de Hate, esperando á su madre...

Aquí la voz de mistress Knowle se apagó, y guardó silencio durante algunos segundos; después continuó:

—En nuestra casa sin hijos, aquella juventud y aquel amor nos hacía bien, y era para mi marido y para mi una compañía encantadora; y mil veces nos hemos dicho que, si uno de los dos solamente hubiera sido nuestro, los hubiéramos casado para hacerlos dichosos á los dos. Pero estaba sin duda decretado por el cielo que Fany fuese la esposa de Bowerbank; y no es por cierto que yo tenga nada que decir en contra suya, no; es amigo de mister Kendal, es amigo de mi marido, es muy buen hombre, pero no es Dexter Stenhouse; y cuando me acuerdo de cuánto adoraba á Fany, y cómo ella le correspondía; cuando recuerdo la tristeza de los dos, las noches que he pasado á la cabecera de Fany, que lloraba; cuando recuerdo aquellos días en que Stenhouse iba y venía de nuestra habitación al escritorio, pálido como un muerto, con los labios apretados y la desesperación retratada en el semblante, me parece que sueño al recordar lo que ha hecho.

—Pero, ¿qué es lo que ha hecho?

—Es verdad,—repuso la honrada mujer con un suspiro;—casi nada. Mi marido y yo tomamos entónces mucho pesar, y sin embargo, cosas como éstas suceden cada día, y nadie se ocupa de ellas; pero nosotros pensamos de otro modo, y jamás pudimos comprender el por qué se enojó tanto mister Kendal con nosotros: nos dijo que jamás debimos permitir que semejante cosa sucediese; ¡como si nosotros hubiéramos podido im-

pedirlo! Nosotros estábamos en la convicción de que el casarse con un hombre honrado y laborioso es lo mejor que puede suceder á una joven, y no podía ocurrirnos la idea de impedir lo que sucedía; pero mister Kendal era de otro parecer. Cuando Dexter Stenhouse le escribió para obtener su consentimiento, Edward añadió una carta, en la que, de la manera más amistosa y más cortés, le exponía la situación de Stenhouse, nuestra alta estimación hacia él, y todos los méritos que hacían de este joven el esposo mejor para una señorita; le decía que sólo de una cosa carecía, de dinero; y que esto no importaba mucho, puesto que miss Kendal tenía de sobra; así que leyó esta carta, cayó en nuestra casa como un huracán, despidió á Stenhouse del escritorio, haciendo uso de sus derechos de socio, y quiso llevarse á Fany, á la que yo servía de madre: pero esto último fue imposible, porque aquella tarde hubo de acostarse con una gran fiebre; yo no sé que poeta ha dicho que "los padres tienen corazones de piedra," y yo voy más allá, porque digo que carecen en absoluto de corazón. ¿Cómo, si no, hubiera podido ese hombre ver á su hija única reducida al estado de esqueleto, tendida en el lecho muchos días, y con la desesperación escrita en sus hermosos ojos, que tanto se parecen á los de su madre? Y no creáis que jamás ha dicho una palabra amarga para su verdugo; sólo me decía algunas veces en voz baja:

—¡Sobre todo, que no sea cruel para Dex-

ter!... Y mister Kendal se cree cristiano, y va á la iglesia todos los domingos!

—Toda esa aparente dureza ha sido dictada por el amor á su hija,—observó mistress Smile.

—No olvidéis, querida amiga, que Stenhouse no era ni un calavera, ni de mal nacimiento, ni de mala educación; nadie en el mundo puede decir nada contra su honradez. Ni una sola razón verdadera había para rehusarlo, á no ser que era dependiente de una casa de comercio y Fany es la hija de un abogado; él no tenía nada, y ella posee cincuenta mil libras; ved aquí el fondo del negocio; el dinero, el maldito dinero, como dice mi marido; mister Kendal quería que su hija se casara de una manera conveniente; el novio ha hecho la corte durante dos meses; la joven le recibía con una sonrisa, bien forzada, pero muy cortés; pidió su mano, y le fue concedida al momento, y el matrimonio se ha celebrado en el gran estilo, con seis señoritas de honor y veinte carruajes, tirados cada uno por dos caballos blancos, como acabamos de ver! Y ella, ¿por qué lo ha consentido? Porque es una criatura dulce y débil; á cada instante le daban síncope y ataques de nervios; yo en su lugar hubiera mirado de frente al viejo tirano, con un corazón tan duro como el suyo; por el amor de Edward yo hubiera combatido con un regimiento de soldados; ¡ella era un cordero, que sólo sabía temblar!

Y la buena señora, que era muy gruesa y

tenía la voz muy fuerte, pero el corazón muy tierno, dejó escapar dos lágrimas, que enjugó con su pañuelo guarnecido de encajes.

Las dos amigas salieron de la calle apartada que habían seguido hablando, y se dirigieron hácia la mucho más populosa de la Reina Ana.

—Vamos por aquí,—dijo mistre Knowle,— porque deseo evitar el ver á Fany antes de que parta; la he querido y la quiero aún mucho.

—Referidme el fin de la historia,—repuso la señora Smile:— os juro que no la repetiré; ni ¿á quién podría hacerlo? A nadie conozco en el círculo de sus relaciones, y además, ella se va: ¿no es cierto que se van á establecer en Liverpool?

— Sí, John Bowerbank posee allí una de las más bonitas casas de la ciudad. Su prolongada viudez es solamente lo que le ha impedido ocupar su sitio en la mejor sociedad de Liverpool. Ahora lo hará, porque le gusta el mundo y el hacer papel. ¡Qué diferencia del pobre Stenhouse, que hubiera pasado la noche al lado de su mujer, ocupado con los libros y el piano! Era el mejor aficionado que he conocido, y fabricó por sí mismo un órgano de gabinete, que me regaló cuando se ausentó de Inglaterra.

—¿Y por qué se marchó?

—Os diré lo que sé: él fue siempre muy comunicativo; pero de repente se volvió mudo, y nada podía sacar de él: cuando quería ir á la conversación de sus amores se le de-

mudaba el semblante de una manera que daba miedo. ¡Oh! ¡si! ¡Amaba terriblemente á Fany Kendal!

—Es cosa muy perjudicial el enamorarse así y desentenderse de todos los deberes sociales,—observó sentenciosamente mistress Smile.

—¡Oh! ¡Que día aquel que vino mister Kendal, después de leer la carta de mi marido!—exclamó la buena mistress Knowle. Le vimos entrar súbitamente, y nos dijo que venía á buscar á su hija. ¡Qué tempestad todos los días por la mañana y por la noche! ¡Qué discusiones en el comedor y en el cuarto de la pobre niña! ¡Porque ella cayó enferma en el lecho desde el primer día! ¡Qué de argumentos, razones y consuelos! ¡Nosotros, que no teníamos hijos, nos admirábamos de ver á aquel padre pisotear su tesoro! Nos preguntábamos mi excelente marido y yo qué deseaba aquel hombre, que veía á su hija moribunda, y si lo que anhelaba era matarla para satisfacer su orgullo y hacer triunfar su autoridad. Pero el dinero era su ideal y lo que le guiaba en su persecución incansable. Si Dexter Stenhouse hubiera sido rico, le hubiera adorado de rodillas, estoy segura; en lugar de esto, le puso á la puerta.

—¡Vaya una grosería!—exclamó mistress Smile.

—No, no creáis que lo hizo tal como suena: se respeta demasiado para eso, y además tenía que guardar su reputación, porque había sido mirado siempre como el mejor de

los padres: hasta allí lo había sido: todos podemos ser criaturas perfectas hasta el día de la prueba, que cada uno aparece lo que es: al mirarle hoy con esa cara de pascua, bondadosa y risueña; al verle correctamente vestido, he recordado sus furias de entonces, su dureza y su lenguaje violento.

Mistress Smile aprobó con un signo de cabeza.

—¡Sí!— continuó la narradora;— el pobre muchacho fué despedido sin apelación: como la niña era aún menor, la ley favorecía al padre; un rapto hubiera podido salvar á Fany de la desdicha de perder á Stenhouse; pero éste es demasiado honrado para pensar siquiera en ello; y después, Kendal tenía su dinero, *su deplorable dinero*, como decía el pobre joven, y todo su orgullo y toda su dignidad se sublevaban ante el pensamiento de que, lo mismo al padre inexorable que el mundo frívolo, creyesen que ambicionaba las riquezas de Fany: este sentimiento era tan fuerte en él, que muchas veces temía que le hiciera olvidar lo mucho que la quería: yo dije que su orgullo llegaba ya á la cobardía, y que se debe temer más á lo que digan los buenos que á lo que murmuran los malos. Cualquiera que hubiera visto á la dulce Fany y al honrado Stenhouse hubiera comprendido que se habían casado por amor. Pero, querida señora, yo me dejó llevar demasiado de mi cariño á esa pobre niña: son cerca de las dos, y debe partir á las tres... ¡Oh desgracia! ¡Cuando pienso en los proyectos que

hacíamos respecto á sus trajes cuando se marchase al viaje de boda con Stenhouse!

Mistress Smile guardó silencio; la relación le parecía larga, y pensaba en su *lunch*.

—El fin de la historia es bien corto,— prosiguió la narradora;— Dexter y Fany se despidieron en presencia de mister Kendal y en la mía, porque el pobre amante lo exigió así: la desgraciada niña se abrazó á Stenhouse, y le prometió solemnemente que se casaría con él ó con nadie. En cuanto á Dexter, le prometió, y él no miente jamás, que si vivía cuando Fany llegase á su mayor edad, volvería para casarse con ella, *á despecho de los hombres y del diablo*. Estas fueron sus palabras, porque estaba casi loco de cólera; era muy cruel el ver á aquella pobre niña pálida y demacrada por el dolor; ella, tan dulce, tan delicada, y que necesitaba tantos cuidados y tanto amor! Entonces él la abrazó y la besó, pero ¡de qué manera! ¡Aún lloro al recordarlo!

—¡Pobres jóvenes! Pero la verdad es que hubiera sido un enlace muy imprudente,— dijo con frialdad mistress Smile.

—Dexter Stenhouse no ha tenido jamás otras relaciones de amor; trabajaba mucho en el escritorio, y fuera de su trabajo llevaba una vida muy solitaria. Jamás nombraba á Fany Kendal; pero cuando yo pronunciaba su nombre, parecía querer beber mis palabras; yo me arreglé de modo que, durante dos años, él supiese lo poco que yo misma sabía; su padre la tenía todo lo separada de

mí que le era posible; pero algunas veces tenía noticias tuyas, y se las daba á Dexter; la sola cosa que le callé fueron los rumores acerca del enlace de Fany con Bowerbank, porque nos parecían tan grotescos, que, así yo como mi marido nos reíamos de ello.

—Yo fui quien os hablé, y recuerdo vuestra indignación; pero ya véis que después de todo decía la verdad.

—Ahora ya importa poco. Dexter ni aún pronunció el nombre de Fany; ignoro si sabía lo que pasaba; pero en esta misma época es cuando fue á Londres, sin duda para ver á Fany y reclamarle su palabra. ¿Le renovó su petición de matrimonio, y ella se ha negado, ó bien la nueva de su probable boda con Bowerbank le ha hecho retirarse y no ha vuelto á verla?—¡Dios lo sabe! Todo lo que yo sé es que dos meses después de haber llegado Fany á su mayor edad, Dexter Stenhouse abandonó á Liverpool y se embarcó para la India, donde, según creo, permanece: sin embargo, no nos olvida el pobre muchacho. Para Navidad nos escribe siempre, y este año me ha enviado un chal de la India para el día de mi santo. Pero ni nombra á Fany en sus cartas, ni dice una palabra que á ella se refiera.

—Es que acaso no tenga nada que decir,—observó mistress Smile.—La muchacha cambió de modo de pensar, y esto es todo; es más alagüeño casarse con el dueño ó jefe de la casa, que con un dependiente de la misma. Pero, mirad, ya llega el carruaje que sin du-

da es el del novio. ¡Ah, querida mía! Si pudiera ver á una de mis hijas siquiera con carruaje suyo!

Mistress Knowle no contestó; habían ya llegado casi á la puerta de la casa de los novios; delante de ella se veían varios grupos de ociosos, que esperaban la salida de los nuevos esposos con esa curiosidad que provoca siempre una boda; las dos señoras se quedaron detrás del grupo más numeroso. Mistress Knowle estaba pensativa, y en su ancho y benigno semblante se hallaba pintada una expresión en la que entraban por partes iguales la piedad, la ternura y una especie de desprecio; el aspecto de esta excelente persona era un poco rudo; no había recibido lo que se llama una educación refinada ó en extremo distinguida, más poseía lo que da á la mujer la más grande dulzura y la más grande fuerza: un corazón amante y una comprensión clara de la divinidad del amor; del amor, que, cuando es mútuo, ni da ni exige nada menos que el alma entera del hombre y de la mujer, y que transforma en un deber absoluto esta verdad, de la que el matrimonio no es más que el sello exterior.

—*No puede separarse lo que Dios ha unido.*

—¡No acabo de comprender, ahora que estoy aquí, cómo ha podido casarse!—murmuró la buena matrona.—Si yo hubiera plantado á Edward Knowle, ¿qué hubiera pensado de mí, y qué pensará de ella Dexter Stenhouse?

—Nada, probablemente,—repuso mistress Smile, que estaba dotada de una naturaleza mucho menos delicada,—tal vez esté casado actualmente.

—¡Imposible! Me lo habían de jurar y no lo creería: los hombres no valen gran cosa, pero las mujeres valen menos; ¡éstas se venden en cuerpo y alma por una despreciable cobardía! ¡Estas rompen un juramento solemne, sólo por miedo!

—Pero, ¿qué había de hacer, sino obedecer á su padre?

—Nadie la obligaba á esa obediencia,—repuso severamente y con tono enérgico mistress Knowle;—ni vos, ni yo, ni ninguna mujer, está obligada á obedecer á su padre, ni aun á su marido, si aquél ó éste la ordenan una villanía. Si Edward me dijese: “Emma, tengo hambre, es preciso que te dejes cortar en pedazos”, quizás lo haría si el mal fuese sólo para mí; pero si me dijera: “Emma, tengo hambre, ve á robar una pierna de carnero”, le contestaría: “No, caballero; la ley de Dios es superior á la obediencia que os debo: robad vos, si esto os complace...” Pero mirad; ya abren la puerta del vestibulo; ya sale la novia.

En efecto, la novia apareció, blanca y delicada como una azucena; todas las alegrías y las agitaciones del día de la boda, el almuerzo, el champagne y los discursos no habían hecho otra cosa que aumentar su palidez; se apoyaba, como en la iglesia, en el brazo de su padre, personaje elegante, co-

rectamente vestido, de maneras reposadas y distinguidas, y que hablaba siempre en voz baja; condujo á su hija al carruaje, le dió un beso en la frente y una bendición, que Fany recibió pasivamente, y la ayudó á subir, arreglando los almohadones, para que estuviese con más comodidad.

Era Fany una criatura frágil, dulce, y tal como un hombre valeroso y fuerte la hubiera querido para tomarla en sus brazos y abrirla en ellos, para amarla con toda su alma, porque ella tenía mucha necesidad de ser amada y protegida.

John Bowerbank no era ya joven, pero no parecía desprovisto ni de valor ni de ternura, dos cualidades que van siempre unidas, y en todo caso, parecía mucho más apto y mucho más capaz de proteger y amar á Fany que el padre de ésta, tan buen mozo y tan elegante.

—¡Pobre niña!—murmuró la gruesa Emma,—por de pronto, este casamiento le dará alguna libertad; por lo menos su marido es un hombre honrado; será al fin dichosa, y no tan infeliz como al lado de su egoísta padre. ¡Que Dios la bendiga!

Este deseo cordial no fue oído por Fany; dos lágrimas le acompañaron, que tampoco vió la novia; ésta no se hallaba en estado de apersibirse de lo que pasaba alrededor suyo; el carruaje, arrastrado por un hermoso tronco, salió al trote por la ancha calle de la Reina Ana.

Así se terminó el primer acto, y así des-